



AL OTRO LADO

POR ANTXON OBESO

El hombre, sentado en la acera, resguardado del sol por la sombra oblicua trazada desde la arista de la casa, miraba, silencioso, los dedos que emergían de sus sandalias. Estaban sucios. Las calles reseca cubrían de polvo los pies a cada paso. El hombre sudaba. Hasta su barba, de seis días, estaba mojada. Levantó la vista y volvió a leer, al otro lado de la calle, bar. Y la puerta estaba cerrada. Miró a un lado y a otro, no se veía a nadie. Sólo él, en la calle. Sentado sobre la acera, enfrente de aquel bar. Metió las manos en los bolsillos y palpó las monedas. No, no debo de hacer. Debería marcharme de aquí. Leyó, BAR. Aspiró profundamente. Mejor si me hubieran dado trabajo, ahora estaría ocupado y no aquí.

«Toma y vete por ahí» y le dio unas monedas. Mejor si no me hubiera dado dinero. Mejor si me hubiera dado trabajo. Bueno, ¿y si hoy fuera la última vez? Después de este dinero nunca más. La próxima vez que me den dinero diré que no quiero, que lo que quiero es trabajar. Pero... necesito dinero. Miró sus sandalias. Necesito zapatos. Se pasó la mano por la barba. Necesito afeitarme. Pero si empiezo a gastar dinero en la barbería no podré ahorrar para los zapatos. No. Antes ya estuve seis meses sin ir a la barbería. Las tijeras de vez en cuando y... su vista volvió a tropezar con BAR. Un trago, sólo un trago, no me vendría mal. Hace calor. Además, con este polvo se le queda a uno la garganta seca. Carraspeó. Me quedaría sin dinero para los zapatos. Sacó un pañuelo sobado del bolsillo izquierdo y se secó el sudor del rostro y de la nuca. B A R . Debería marcharme de aquí. ¿Pero a dónde voy? Una hormiga pasaba entre sus pies. Fue a escupirle pero tenía la boca seca. La pisó con la rota suela de la sandalia. ¡Qué imbécil soy! La hormiga quedó convertida en una pequeña mancha sobre el polvo. Lo siento, hormiga, lo siento. No sé qué me pasa, pero tengo ganas de hacer daño y tú, sin culpa, lo has pagado. Levantó la vista. B A R . Un trago, sólo un trago nada más para humedecer la boca. Pero si empiezo... terminaré el dinero, y después sin zapatos. ¡Si en vez de dinero me hubieran dado trabajo hasta quedar reventado! Eso es, hasta quedar rendido, luego dormir hasta la mañana siguiente y de nuevo a trabajar hasta la noche, hasta quedarme dormido en pie de cansado, ¡... me dan unas monedas! Sintió picor por las costillas. Abrió la camisa y miró la piel humedecida por el sudor. Nada. Se rascó. ¡Qué calor! La boca seca. B A R . ¡Maldito bar! ¡Si ese cartel cayera ante la puerta impidiendo la entrada! Nadie entraría. Las calles desiertas. Parece que estoy solo en el pueblo. ¿Dónde está la gente? Estarán en sus casas, bebiendo. Yo no tengo casa, sólo puedo beber en... B A R ... en el bar. Miró detenidamente aquellas letras. B - A - R . B A R . Beben en sus casas y luego dicen «yo no voy al bar». Había palpado las monedas, en el bolsillo, sin darse cuenta, y rápidamente sacó la mano. Es para los zapatos. Sólo un trago, nada más que un trago para humedecer la boca. ¡Y luego termino con el poco dinero! Además, me pueden pegar, como el otro día. ¿Quiénes habrían sido? Cuando se despertó tenía el cuerpo magullado, moraduras y el rostro ensangrentado. ¡Se divertieron de lo lindo! Me arrearon bien, sí, me arrearon bien. Luego recordó algo, pero no los rostros. B A R . Tengo que afeitarme. Aunque... ya puede todavía durar unos días. Los zapatos. El sudor corriéndole por el cuello camisa adentro. Y la camisa cada vez más pegada a las costillas. La calle desierta. Silencio. Solamente el leve zumbido de los rayos del sol chocando contra el polvo de las calles y las tablas y ladrillos y tejas de las casas. Y el hombre con unas monedas en los bolsillos y enfrente, al otro lado de la calle, el bar. Parece que estoy solo en el pueblo. Quizá no haya gente ni en el bar. Hasta es posible que no esté el dueño. ¡¿Y si no estuviera?! Pero no, eso no puedo hacer, no debo..., no debiera. Sacó de nuevo el pañuelo del bolsillo izquierdo. Y después las manos a los bolsillos. Tocó las monedas con la mano derecha. Sacó la mano derecha. Se la miró, estaba húmeda. Las rayas se le marcaban profundamente. Será el sudor y el calor. Se me acabaría el dinero. B A R .